

MENSAJE PRESIDENCIA DE ÁREA

La ofrenda del corazón y la Santa Cena

Por el élder Enrique Falabella

Presidente de Área

Hace algunos años, tuve la bendición de visitar a un pequeño grupo de santos reunidos en el día de reposo en las montañas de Guatemala. El paisaje era hermoso; los bosques, los sembrados, el clima y por sobre todo la humildad de aquellos miembros de la Iglesia que se reunían con frecuencia para adorar y tomar de los sacramentos era hermoso.

Los miembros llegaban temprano a la Iglesia a pesar de que algunos de ellos caminaban entre dos y cuatro horas desde sus hogares. Su anhelo era participar de la Santa Cena, renovar sus convenios y compartir con sus hermanos. Al tornar ahora mis

pensamientos al pasado puedo ver que estos humildes santos no “iban a la capilla” sino “iban a participar de los sacramentos”.

Qué impresionante ver el efecto de algo tan sencillo. Cuando decimos: “Vamos a la capilla”, enfocamos quizás nuestra atención en las clases y el edificio”. No importa si llegamos tarde... hemos ido a la capilla; sin embargo, cuando nos enfocamos en: “Vamos a participar de la Santa Cena”, entonces nuestros pensamientos se vuelcan al Salvador Jesucristo, al anhelo de hacer esos sagrados convenios con Él, de recordarle siempre y guardar Sus mandamientos.



Élder Enrique Falabella

Así sucedía con los santos del Nuevo Testamento y los santos del nuevo mundo. Moroni dejó registrado este pensamiento:

“Y se reunían con frecuencia para participar del pan y vino, en memoria del Señor Jesús” (Moroni 6:6).

Y los santos del Nuevo Testamento: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la hermandad, y en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:42).

También en Hechos se menciona lo siguiente:

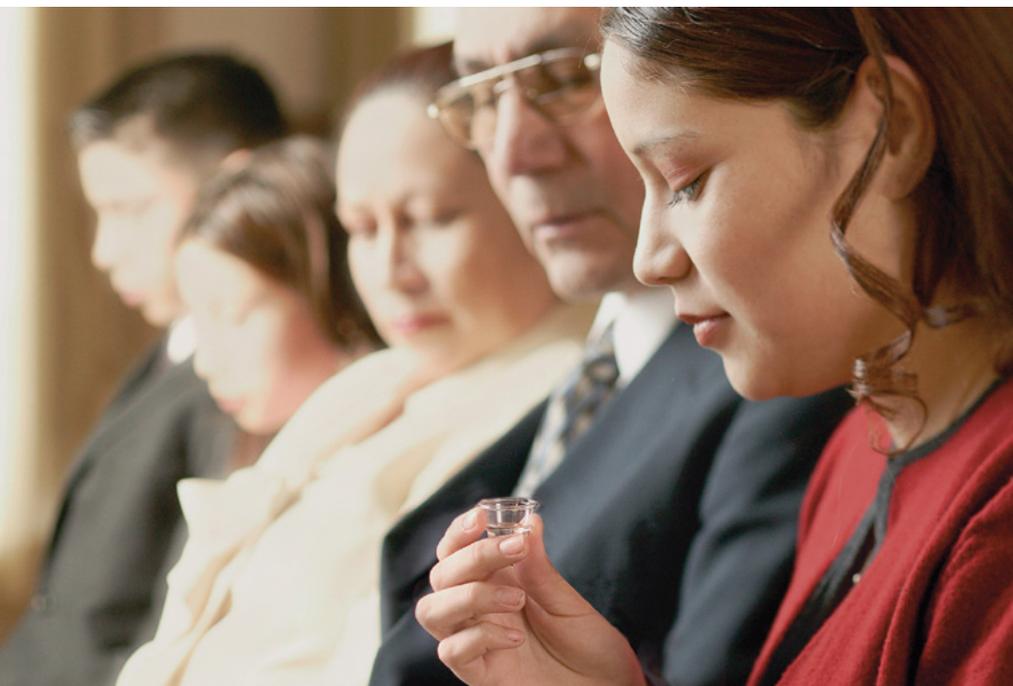
“Y el primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan...” (Hechos 20:7).

Cómo ha cambiado mi vida y enfoque cuando pienso: “Voy a participar de los sacramentos”, en vez de solo decir: “Voy a la capilla”.

Al estar con ese pequeño grupo de santos y participar juntos de la Santa Cena, me llenó de gozo y disfruté aún más de la clase de la Escuela Dominical.

Había una conexión perfecta entre el espíritu que reinó mientras tomábamos del agua y comíamos del pan y las enseñanzas de ese día.

Los hermanos estaban hablando en su lengua nativa así que no entendía casi nada de lo que decían; sin embargo, sí me enteré del tema del cual conversaban. En su lengua natal, hay palabras que no tienen traducción así que lo que han hecho es incorporar las palabras del español a su



idioma. Con frecuencia escuchaba a ellos decir “ofrendas” y luego “diezmos”, así que no fue difícil saber que el tema que estaban tratando era el de las ofrendas y los diezmos.

Entonces llegó a mi mente el momento en que participamos de la Santa Cena e hicimos ese convenio sagrado con nuestro Salvador. Al pensar en ello hoy día mis pensamientos de nuevo se vuelcan a esa bonita experiencia y entonces recuerdo las palabras de Alma cuando se encontraba en las aguas de Mormón al decir:

“... y ya que deseáis entrar en el redil de Dios y ser llamados su pueblo, y estáis dispuestos a llevar las cargas los unos de los otros para que sean ligeras;

“sí, y estáis dispuestos a llorar con los que lloran; sí, y a consolar a los que necesitan de consuelo, y ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar en que estuviéseris, aun hasta la muerte, para que seáis redimidos por Dios, y seáis contados con los de la primera resurrección, para que tengáis vida eterna;

“os digo ahora, si este es el deseo de vuestros corazones, ¿qué os impide ser bautizados en el nombre del Señor, como testimonio ante él de que habéis concertado un convenio con él de que lo serviréis y guardaréis sus mandamientos, para que él derrame su Espíritu más abundantemente sobre vosotros?” (Mosíah 18:8–10).

Era la conexión perfecta:

Participar de los sacramentos y conversar sobre la ayuda a los necesitados por medio de las ofrendas, como parte de ese gran convenio que hacemos con el Señor.

Entonces les pregunté:

“¿Hermanos, pueden decirme cómo es que ustedes calculan el monto de sus ofrendas de ayuno?”.

Uno de ellos muy rápidamente me respondió:

“En mi familia tenemos la costumbre, el día de reposo, de invitar simbólicamente al Señor a nuestra mesa para que coma con nosotros, así que ponemos una silla extra”.

El domingo de ayuno, al llegar a tomar nuestros alimentos al final del día, allí está la silla puesta. Como fue un día de ayuno, donamos como ofrenda lo que dejamos de gastar en nuestros alimentos, pero como el Señor “también ayunó” con nosotros, pagamos lo que Él se hubiera comido. Y así damos una ofrenda generosa.

Desde entonces el domingo de ayuno al preparar mi sobre para donar mis ofrendas, a mi mente llegan dos pensamientos:

1. Hoy fui “a tomar la Santa Cena” y hacer mis convenios con Dios y,
2. a causa de ese convenio que incluye “llorar con los que lloran, sí, y a consolar a los que necesitan de consuelo, y ser testigos de Dios en todo tiempo”, entonces el Espíritu me dice que es mejor dar una ofrenda generosa.

¡Qué paz! ¡Qué gozo! es ir cada domingo “a tomar la Santa Cena” y el primer domingo de mes poder aliviar algunas cargas de los que sufren a través de nuestra ofrenda generosa.

Cuán sabio fue el Señor con aquella enseñanza que nos dejó al observar a la viuda pobre que echaba todo

Presidencia de Área:

- Élder Enrique R. Falabella,
Presidente
- Élder Jorge F. Zeballos,
Primer Consejero
- Élder Mathias Held,
Segundo Consejero

Editores: Rodolfo Barbosa

Responsable de Edición:

Paulo Sánchez

Envíenos noticias o eventos a:

**noticiaslocales@
churchofjesuschrist.org.**

Las fotos, favor de enviarlas en archivo “jpg” de buena resolución y tamaño. ■

su sustento al arca de las ofrendas:

“Y estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho.

“Y vino una viuda pobre y echó dos blancas, que son un cuadrante.

“Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado al arca,

“porque todos han echado de lo que les sobra; pero esta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (Marcos 12:41–44).

Nadie es tan rico que no necesite las bendiciones de Dios ni tan pobre que no pueda contribuir.

Ruego que el Espíritu nos dé testimonio de la grandeza de “ir a participar de la Santa Cena”, de “ir a renovar nuestros convenios” y a dar una ofrenda generosa al recordar a aquellos que sufren.

La ley de la ofrenda permite que al sentir hambre durante el día de ayuno me acuerde de aquellos que tienen hambre, no porque estén ayunando, sino porque no tienen el pan para llevar a su mesa. ■

PÁGINAS LOCALES

Ministración

A Escarly Albuja le quedaban solamente cinco meses para terminar su servicio misional en La Paz, Bolivia, cuando los médicos encontraron un tumor del tamaño de una papaya en medio de sus pulmones. Su vida empeoró cuando se enteró de que tendría que dejar su misión para regresar inmediatamente a su país natal, Perú, y recibir tratamiento.

“No podía creerlo”, dijo Escarly. “No dejaba de pensar: ¿por qué yo?”. A pesar de su diagnóstico, le rogó al presidente de su misión, presidente Vallejo, que le permitiera continuar sirviendo, pensando que podría buscar tratamiento después de completar su misión. Afortunadamente, el presidente comprendió la gravedad de la enfermedad y al día siguiente, 10 de diciembre de 2018, la hermana Albuja tomó el primer vuelo a Lima, Perú, para comenzar el tratamiento y diagnóstico del cáncer.

En Lima fue llevada inmediatamente a una clínica especializada. Después de muchas pruebas, los médicos determinaron que tenía cáncer de linfoma no Hodgkin y que se estaba propagando rápidamente. Se le dijo a Escarly que necesitaría comenzar los procedimientos de radioterapia y quimioterapia tan pronto como fuera posible.

Los miembros de la Iglesia en el área de Lima fueron notificados de la situación de la hermana Albuja y no dudaron en ministrar de la manera en que lo haría el Salvador. El Barrio Santa Cruz, de la Estaca Limatambo,



demonstró que no solo estaba preocupado por la mejora de Escarly, sino también por el cuidado espiritual y temporal de toda su familia.

Cuando comenzó la quimioterapia, su madre no tenía dónde dormir. Dormía en las camas de las habitaciones vacías de la clínica, hasta que una afluencia de pacientes lo hizo imposible.

Los miembros del barrio demostraron su apoyo de la siguiente manera:

- El cuórum de líderes ayudó a pagar un hotel cerca de la clínica para que la mamá de Escarly pudiera descansar.
- Las hermanas de la Sociedad de Socorro le proveyeron el desayuno, el almuerzo y la cena.
- Los miembros del barrio y los misioneros mayores se turnaron para hacer las largas filas en las clínicas con la familia Albuja, quien no sabía mucho sobre seguros de salud.



- Al final, la comunidad de los santos en Perú ayudó a la familia de Albuja a trasladarse a un departamento.

Durante los últimos siete meses de lucha y temores, el barrio se ha convertido en una segunda familia para la familia Albuja, ya que ella estuvo en coma durante dos de los últimos siete meses de tratamiento, momentos en los que su familia adoptiva se unió en ayuno y oración por su bienestar y han podido sentir el amor del Salvador a través de la ministración.

Aunque Escarly no entendía al principio por qué tuvo que pasar por esta prueba, siente que el Señor nunca la abandonó. “Sé que Él vive y que siempre estará ahí para mí”, dijo. “Gracias a esta prueba, me he hecho más fuerte y he aprendido. Estoy muy agradecida de que el Señor me haya dado otra oportunidad”.

Ella sabe que no importa cuánto tiempo vivamos, sino los buenos actos que hayamos hecho en nuestro tiempo en la tierra. “No sé si viviré poco o mucho tiempo”, dijo, “pero todo lo que pido [a Dios] es que no pierda la esperanza ni la fe... Anhele vivir, casarme y tener una familia, pero sea cual sea Su voluntad, la acepto. He aprendido a disfrutar, sonreír y vivir lo mejor que pueda cada día, como si fuera el último”.

La familia Albuja estará eternamente agradecida por los milagros que los miembros llevaron a cabo. ■

Dejé el fútbol profesional para salir a la misión

Por Paulo Gallardo

Estaca La Molina

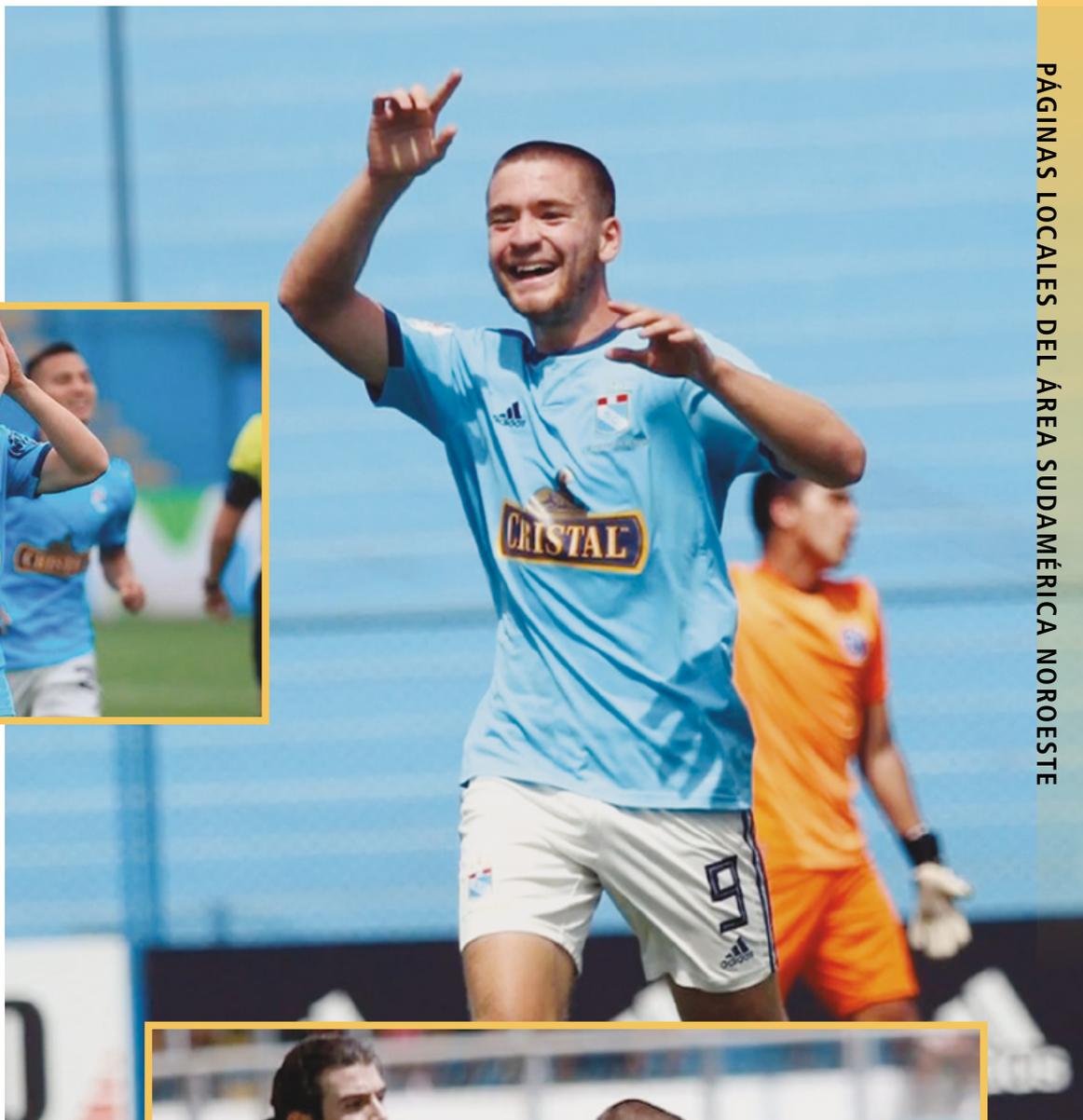
Cuando tuve la oportunidad de conocer a los misioneros y de leer el Libro de Mormón, fue como una explosión espiritual para mí, que todos esos huecos se cubrieron y sucedió muy rápido; en apenas siete meses todo comenzó a venir y cosas buenas pasaron en mi vida.

Empecé jugando al fútbol; mi padre me invitó a jugar; él tuvo mucho que ver en mi gusto por el fútbol, comencé a jugarlo desde muy pequeño, pero ya empecé a jugarlo en liga a los 6 años y la emoción que

uno siente cuando juega es inexplorable, muy hermoso. Mi hermano también juega al fútbol. Fue en el Club Sporting Cristal donde verdaderamente me convertí en futbolista profesional, yo estoy muy agradecido a ese club.

Al tomar la decisión de renunciar al fútbol e irme a la misión, mis padres me apoyaron, pero no estaban de acuerdo con mi decisión; ellos no son de la misma fe que yo, no son miembros de la Iglesia, pero confío que en algún momento ellos



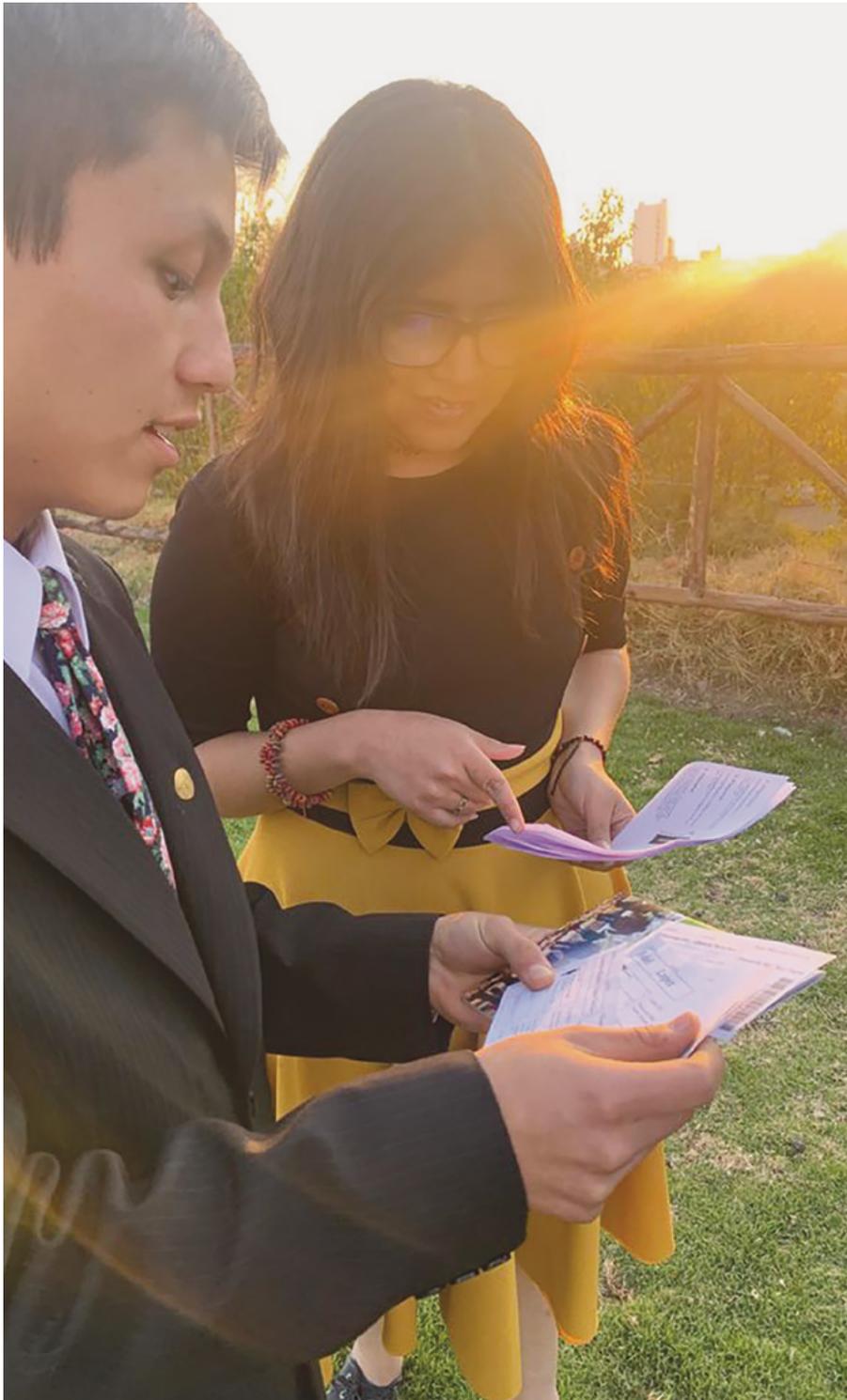


lo van a entender. He tenido mucha oposición; muchos amigos y conocidos me dicen que estoy loco, que cómo es posible que esté haciendo esto. Yo confío en el Señor y creo en lo que tenemos que hacer. El club donde yo jugaba trató de convencerme de tratar de buscar otra manera, rescindió mi contrato y ahora yo me estoy preparando para salir a la misión.

Mi familia ha visto el cambio en mí y decidieron ir a la Iglesia también.

Salir a la misión para mí es motivo de mucha felicidad, una oportunidad única de representar a Jesucristo, de hacer lo que Él hizo cuando estuvo aquí, servir a otras personas, una bendición y una oportunidad hermosa. Al regresar pienso retomar mis actividades deportivas en el fútbol y confío que con la ayuda del Señor podré lograr eso que desde pequeño anhelaba. ■





Historia familiar

Raul de Jesús Villena A.

Barrio Satélite, Estaca Central, 16 años

Actualmente se encuentra en el colegio, le gusta mucho el curso de física; la literatura, no tanto. Sus padres se bautizaron cuando él tenía solo cuatro años. Tiene un firme testimonio del Evangelio y planea salir a la misión.

Un día, antes de mi bautismo, me pregunté si debía pertenecer a la Iglesia; aún no tenía un testimonio de ella. Recuerdo que ese día decidí leer mis Escrituras y, al abrirlas, lo que leí en Moroni 10:4-5 me impresionó; hasta el día de hoy tengo grabado ese momento porque fue cuando supe que la Iglesia era verdadera. Ese día no podía parar de llorar; intenté ocultarlo porque no me gustaba que me vieran llorar, pero no pude. Ese día me prometí que nunca dejaría esta Iglesia e hice un compromiso conmigo mismo de cumplir con todas las indicaciones de nuestros líderes.

Poco tiempo después, escuché a una hermana mientras discursaba hablar acerca de la historia familiar. Yo no tenía conocimiento de ello, pero al saber que el Señor había mandado que hagamos nuestra historia familiar, por mi compromiso, supe que tenía que hacerlo.

Al poco tiempo fui llamado como consultor de historia familiar y pude ganar muchas experiencias y aprender más sobre ello. Una de las cosas que más me gustaron dentro de la historia familiar fue la indexación.

Recuerdo que una vez nos pidieron indexar cierta cantidad de nombres para participar del programa FSY, pero yo me propuse una meta personal de 2000 nombres. Recuerdo que ese mes trabajé mucho para poder cumplir con la meta, y logré indexar los 2000 nombres; realmente me sentí muy feliz de poder lograrlo porque sabía que lo que estaba haciendo podía salvar personas aun del otro lado del velo.

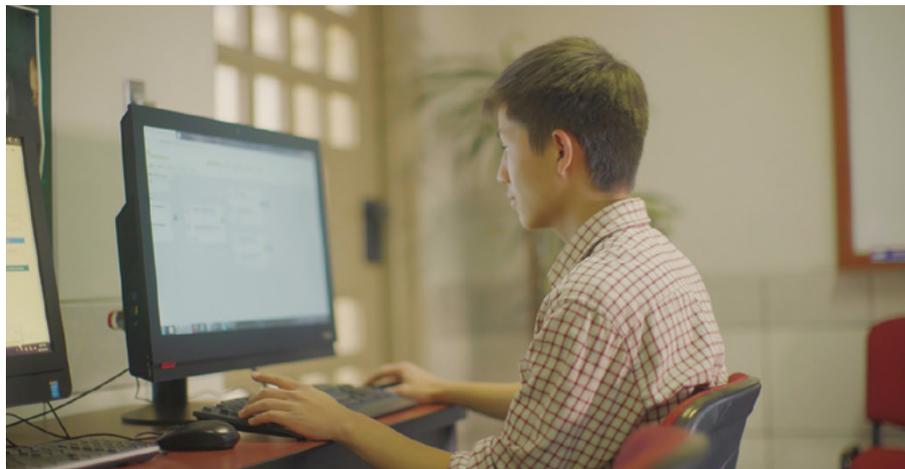
Cuando tenía 12 años, entré por primera vez a hacer obra vicaria, me había preparado mucho y me aseguré de llevar muchas tarjetas, había avanzado mi historia familiar hasta la quinta generación, pero al llegar a Lima, luego de un largo recorrido, me comencé a sentir mal, comenzó a darme fiebre y a dolerme la cabeza mucho, sentí temor de empeorarme más al entrar a la pila bautismal, pero aun así decidí hacerlo. Mucha fue mi sorpresa cuando a mitad de la ordenanza me di cuenta de que ya no me sentía mal, me había recuperado totalmente. Estoy seguro de que Dios fue quien me protegió y supe en ese momento que lo que estaba haciendo era sagrado y verdadero.

Cuando el presidente Monson anunció que un templo sería construido en Arequipa, yo no había entendido muy bien lo que dijo, pero al ver a todos asombrados, me pregunté: “¿Qué pasó?”, y cuando leí en la pantalla que uno de los templos sería construido en Arequipa, me emocioné muchísimo junto a todos los demás hermanos.

Cada vez que estoy en el templo me recuerda cuando tenía cinco años y pude ver a mi familia sellarse de

blanco; aunque no recuerdo cada detalle, sí tengo ese sentimiento tan especial en mi corazón y sé realmente que esto

es real y que el templo es el hogar de mi Padre Celestial. Esto lo comparto en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Visita al templo

Gladys Alessandra Elaissa Quispe Coca

Barrio Zamacola, Estaca Zamacola

Cuando fui al templo con los hombres y mujeres jóvenes realicé la obra vicaria por mi abuelita; pude ayudar a otras jóvenes que recién era su primera vez en el templo, enseñarles muchas cosas, aprender juntas. Cuando mi familia y yo pasábamos por el templo nos sentíamos fortalecidos y platicábamos todas las noches lo que íbamos hacer allá adentro. Estar en el templo hace que tus sentimientos de amargura y tristeza cambien.

Tengo la bendición de que mis padres se sellaron en el templo y de haber nacido en el convenio; fui creciendo y cuando entré a las mujeres jóvenes obtuve mi propio testimonio de la Iglesia. Entendí muchas más cosas de las que sabía; mi testimonio era fuerte, pero sentía que necesitaba fortalecerlo mucho más. Cuando tuve la oportunidad de ir al FSY, escuché testimonios, mensajes de misioneros, del matrimonio asesor, con los cuales me sentí realmente fortalecida. Esa experiencia me marcó mucho.

El año pasado despertó en mí el deseo de poder ir a la misión, ya que veía a mi hermano preparándose para servir como misionero. Decidí salir a trabajar con las misioneras y eso hizo que sintiera deseos de salir a la misión. Aún debo aprender muchas cosas más para fortalecer mis conocimientos y enseñar a las personas, así que yo desde ahora me estoy preparando.



En enero de este año fui al templo con todos los jóvenes, con mi familia. Al entrar, pude sentir mucho el Espíritu. El primer día que entré fue muy especial, porque hicieron la obra vicaria por mi abuelita; significó mucho para ella y el poder ayudar a otras personas como jóvenes que recién se integraban a las mujeres jóvenes y ayudarles también en el templo hizo que esa experiencia fuese más fortalecedora, mucho más espiritual.

Tener un templo aquí me hace sentir muy feliz y contenta. Siempre pasaba con mi familia y veía que lo estaban construyendo. Aun si estaba triste o cansada, cuando pasaba por ahí realmente hacía que me sintiera mucho mejor, cambiaba mi estado de ánimo. Desde ya estamos planificando con mi familia el día que iremos al templo; pensamos en ir todos los sábados y hacer la obra vicaria. Iremos regularmente para estar más fortalecidos. ■

